

Amor entra

ritu alcanzó una primavera exaltación sobrehumana.

* * *

Una sociología perversa y radicalmente equivocada condena el mestizaje como suma de las debilidades y defectos de razas distantes por el nivel de civilización y por los caracteres somáticos, cuya fusión determina un producto humano incurablemente inferior. A él atribuía concretamente Le Bon los infortunios de México y otras naciones hispanoamericanas, negándoles remedio y esperanza. Por desgracia, tesis tan inhumana y tan falsa ha sido compartida por pensadores nuestros, en crisis de desfallecimiento pesimista. No han sido capaces de advertir que nuestra historia constituye, por el contrario, una abrumadora evidencia en favor del mestizaje, por las realizaciones positivas que en todos los órdenes de la cultura, de la vida social y de la elevación personal logró desde sus primeras generaciones y logra todavía la raza nuestra, hija de la española y de la indígena; así como explicarse en gran parte, si no es que totalmente, nuestras turbulencias, debilidades y retrasos, precisamente por insuficiente mestización de nuestras poblaciones.

Supongamos que la mezcla racial se hubiera generalizado en México, uniformándose el tipo humano resultante no sólo corporalmente, sino en cuanto a la participación en un estilo común de vida, en un nivel igual de cultura y en condiciones de civilización aproximadamente parejas. ¿No hubiera resistido mejor la comunidad mexicana la invasión nociva de factores extraños, de disgregación? ¿No hubiera sido posible y aun fácil la interna normalidad orgánica por la clara conciencia de las metas y valores esenciales de la vida colectiva, por la aptitud ética y política para una conducta social razonable y bien orientada? ¿No se habría eliminado un factor fatal de inestabilidad, de regresión y de violencia: la masa enorme de indios que viven primitivamente, muchos precortesianamente, segregados de la vida occidental, en miseria física, en postración moral y en sombra intelectual que claman al cielo, en perpetua disponibilidad para la depresión y la revuelta, que no son capaces de entender ni aprovechar; carne de cañón y rebaño de demagogía? ¿No hubiera correspondido al esquema demográfico de nuestra hipótesis un abundante artesanado, una clase campesina apta para la pequeña propiedad rural, una restricción del proletariado indigente y, en suma, un equilibrio económico y un orden social cimentados en realidades y en principios justos y nobles?

El mestizaje es la política de

la Redención. No suprime ni desprecia al débil, al salvaje, sino que lo eleva y lo salva. Más aún, renueva al viejo Adán y lo instala, otra vez joven y vigoroso, en un nuevo paraíso. Como a toda redención, le precede una pasión cruenta. No es un buen negocio este de suscitar en la Historia, para inéditas aventuras del espíritu por caminos siempre ascendentes, naciones destinadas al señorío y a la libertad en territorios propios, que fácilmente pudieron ser presa de Estados poderosos y explotados con su propia gente o con mano de obra indígena. Todo depende de la idea que de su misión colonizadora tengan esos Estados poderosos el día de su victoria. Por fortuna, nuestras patrias nacieron de una idea misional, la española, genuinamente cristiana, de la única idea cristiana de colonización que ha podido actuar con relativa eficacia en el mundo.

* * *

El proceso de formación del nuevo pueblo tiene que ser penoso y prolongado, incomparablemente más duro y largo que la más ingente empresa migratoria.

En cuanto a México, tal vez como ningún otro país de América, con haber sido aquí tan extraordinariamente intensa la acción civilizadora de España, sufrió la prematura interrupción del proceso, que de haber continuado desarrollándose hasta su término, hubiera consumado nuestra unificación racial y cultural. La tarea estaba apenas comenzada.

Se interrumpió desde antes de la Independencia, y ésta vino a cortar, de hecho, las posibilidades de continuación, no por aspiración espontánea del pueblo, que, por el contrario, deseaba precisamente seguir la marcha hacia arriba, por los caminos de la hispanidad, abandonados incluso por la dinastía española; sino por artificial y obstinada aberración política, probablemente de origen extranjero, victoriosamente empeñada en volar los puentes de nuestra comunicación natural con España. No lamentamos, ni mucho menos, la Independencia; antes bien, comprendemos que cuando ocurrió, nuestra vinculación política con la madre patria no constituía una articulación vital, puesto que España misma sufría desnaturalización y abatimiento, presa en las redes de una política antinacional y claramente inferior. Lo que lamentamos es que, apenas dueños de nuestro destino, lo traicionáramos, cerrando los ojos a lo que era y sigue siendo necesidad primaria y deber imperioso: la continuación de la obra unificadora de razas, niveladora de diferencias, dispensadora de cultura y de salvación para el indio, es decir, el mestizaje, esfuerzo y gloria de España.

NO PUEDE ENTENDERSE AMERICA SIN ESPAÑA, NI ESPAÑA SIN AMERICA

Con motivo de una cena de gala que los embajadores de España en los Estados Unidos, condes de Motrico, han ofrecido en Wáshington a los representantes diplomáticos sudamericanos, el corresponsal de ABC en dicha capital, José María Massip, ha enviado a su diario la siguiente nota, que reproducimos para nuestros lectores por el interés que aporta a las relaciones entre España e Hispanoamérica.

A la solemne cena de gala ofrecida anoche por los embajadores de España, condes de Motrico, para conmemorar el aniversario del Congreso de Panamá para la independencia sudamericana, asistieron todos los embajadores y encargados de negocios de las Repúblicas iberoamericanas, con la sola excepción de México. Especialmente invitados, asistieron el subsecretario de Estado, Mr. Holland; secretario general de la Unión Panamericana, Mr. Mora; embajador de Portugal, señor Estévez Fernández, y señores Rubotton. La histórica Conferencia se celebró en junio de 1826, en el convento de San Francisco de la ciudad de Panamá, asistiendo los delegados de las recién nacidas Repúblicas de Colombia, Perú, México y América Central, respondiendo al llamamiento dirigido por Simón Bolívar a las naciones emancipadas de España. En la Conferencia se redactó el Tratado de la Unión, que nunca se ratificó por los países interesados a causa de las divisiones políticas, pero allí se sembró la semilla de la solidaridad panamericana. Los Presidentes de las Repúblicas iberoamericanas y el Presidente de los Estados Unidos tenían que reunirse en Panamá para conmemorar el aniversario, pero la enfermedad de Eisenhower ha obligado a suspender la histórica reunión. "Por esta causa, que todos lamentamos profundamente, he querido celebrar aquí esta sencilla reunión de familia con motivo de la efemérides histórica, sentándonos juntos, alrededor de esta mesa, los que descendemos del tronco común, de la misma cultura, de la misma vida histórica y social, para compartir los recuerdos del pasado y las esperanzas del futuro", dijo el embajador de España, señor Areilza, en su discurso ofreciendo la cena. El embajador glosó las ideas del Libertador, la articulación política de los pueblos americanos, y dijo que el tiempo y la historia le han dado la razón. "La sabiduría política de Alfonso XIII revivió el hispanoamericanismo práctico, rectificando el siglo de la incompreensión, haciendo posible la entrañable cordialidad entre Iberoamérica y la España presente. Los mismos Estados Unidos rectificaron los pasados desvíos e iniciaron la verdadera política de buena vecindad; los propios pueblos americanos superaron después casi un siglo de querellas intestinas y de luchas fratricidas en aras del interés superior intercontinental." "Nuestra historia es una e indivisible, y no puede entenderse América sin España ni España sin América." "Ambos somos hijos y descendientes de un antepasado común: la España del siglo XVI, que descubrió y civilizó, juntamente con la hermana Portugal, este continente." El brillante discurso del embajador, que se extendió en la historia de la cultura española en el continente americano, fué largamente aplaudido. El decano del Cuerpo diplomático iberoamericano en Wáshington, señor Sevilla Sacasa, embajador de Nicaragua, dió las gracias al embajador español por el delicado homenaje que representaba la conmemoración del Congreso de Panamá en la Embajada española.